



LA DOLORES

(ESTRENO DE FELIÚ Y CODINA)

Los constantes lectores del NUEVO TEATRO CRÍTICO desde su fundación, quizá recuerden el favorable juicio que formé de cierto drama del Sr. Feliú y Codina titulado *Un libro viejo* y representado con mediano, nada más que con mediano éxito, en el teatro de la Comedia.

No obstante haberme parecido que aquel drama era digno de algún mayor calorcillo de aplauso; no obstante la grata impresión y buena memoria que me quedó del Sr. Feliú y Codina, declaro que nunca pude calcular que el autor de un *Un libro viejo* nos tuviese reservada una perla, una joya como *La Dolores*.

Si en este bellissimo drama popular hay

defectos, yo no los sé ver: tanto me han cautivado sus gracias, su originalidad deliciosa, su frescura, su sencillez, su intensidad de emoción y su castizo sabor, semejante al de añejo vino serenado en alguna fuente cristalina, á orillas del río más nacional, del Ebro sacrosanto.

Pocas noches hace, no teniendo ocupación urgente y deseando distraer algo mi espíritu, fui á ver una obra muy conocida, ya clásica, *La bola de nieve*. Logré plenamente mi objeto, porque *La bola de nieve* me produjo la impresión calmante y plena de un trozo de música divinamente compuesto y con maestría ejecutado. ¡Esto es arte! decíame á mí misma, saboreando la perfección de la comedia psicológica de Tamayo.—Pues bien: placer muy análogo me causó *La Dolores*. No digo que se parezcan, ni siquiera que tengan la menor afinidad en su asunto ni en su lenguaje *La Dolores* y *La bola de nieve*. Como estudio habilísimo del desarrollo de una pasión, como *Otelo* en comedia, está más alta la obra de Tamayo; en inspiración y espontaneidad, puede que sea preciso antepo-

ner la de Feliú y Codina. Desde luego esta última posee la cualidad que descuella en el famoso acto del *Don Alvaro*, llamado *de la venta*: el carácter étnico, el color, no rebuscado, no afectado, pero rebosando en cada frase y en cada pensamiento, en el diálogo lo mismo que en la acción. *La bola de nieve* puede situarse en Francia, en Italia, en Inglaterra, dondequiera que haya hombres y mujeres: *La Dolores* sólo en España, y de España, en la región ibera. Como *Cavalleria rusticana*, el admirable cuento de Verga, *La Dolores* encierra la esencia de una región y el sello original y fuerte de una raza.

Si el drama de Feliú y Codina y *La bola de nieve* se asemejan, es en tres cualidades, propias de maestros: *intensidad, brevedad, sencillez*. Ya íbamos perdiendo la esperanza de oír resonar estas tres notas en obra de corte moderno, *realista*, como es, sin duda alguna, *La Dolores*. Las obras *sencillas* que aparecían por ahí no resultaban *sencillos* con la robusta sencillez del Partenón helénico, sino como las casetas de los

peones camineros ó los muebles de Vitoria. Eran *simples*, en cuanto no eran *compuestas*. La simplicidad, la grandiosa y pura línea de lo que se ve de una sola ojeada, sin que turben la visión detalles importunos, eso parecía imposible que volviésemos á gozarlo... y eso es lo que el Sr. Feliú y Codina nos ofrece, para alegría de nuestro corazón y en bien de la escena.

Dicen que una copla popular inspiró el argumento de *La Dolores*. La acción se desarrolla en un mesón de Calatayud, un mesón que recuerda la *Posada de la Sangre*, como Dolores puede tener vagas reminiscencias de la ilustre fregona Constancia. Dolores es la moza del mesón: hermosa y apasionada, y enérgica como buena aragonesa, vive sostenida por el ansia de vengarse del inconstante Melchor, que, después de rondarla y de haber poseído toda su voluntad, la abandonó, y no contento con abandonarla, arrojó á la ignominia el nombre de su víctima en copla irónica y afrentosa que rueda ya de guitarra en guitarra como pregón de la femenil flaqueza y mofa del cari-

ño. Sabedora de que su antiguo amante va á casarse con mujer rica, Dolores jura que no le dejará vivir tranquilo y que le envenenará las alegrías, como él ha envenenado su existencia. Exaltada, celosa y entregada á la desesperación, Dolores trata de buscar, entre los muchos que la cortejan, tal vez incitados por la copla, alguno que la ame lo bastante para vengarla. Ninguno se resuelve á tanto: el sargento matón no quiere compromisos: el paleta ricacho lo más que sabe hacer por la moza es sacar de la faja algún doblón para gastarlo en novilladas y fiestas. Cuando, ya humillada, Dolores va á renunciar á la lucha, sabe que Lázaro el seminarista, el dulce y pacífico sobrino de la dueña del mesón, la quiere con locura: ve que, bajo el influjo poderoso del sentimiento, el niño aparece hombre, el cordero se transforma en león (transformación que es por cierto una de las cosas más bellas del drama), y creyendo su venganza en buenas manos, cita á Lázaro para la misma hora en que el burlador se ha jactado de que irá al cuarto de su enemiga, á marcarla con nuevo es-

tigma, rindiéndola otra vez, y entonando la copla infame. La hora llega, pero Dolores ha mudado de parecer: con reacción bien propia de un alma tierna, ya la juventud y la sincera pasión de Lázaro la han conmovido hasta las entrañas, han cerrado su herida profunda, y han extinguido su sed de villana sangre: ya no desea que muera su ofensor, pero sobre todo quiere que viva su defensor generoso, y agota los esfuerzos para impedir el choque de los dos rivales; mas no lo consigue: se encuentran, y al encontrarse luchan, y al luchar, es el estudiante de teología quien logra clavar la navaja en el pecho del desleal adversario, sacando envuelta en su sangre la honra de Dolores. "Yo daré cuenta de esa sangre," exclama el vengador amparando con sus brazos á la mujer querida. Y así termina uno de los dramas más hermosos, más sentidos, más directos que, á mi juicio, ha producido la musa dramática española.

Referir el argumento, no es dar ni remota idea de la belleza del conjunto. No hay en *La Dolores* complicación de resortes, ni efectos,

ni maraña psicológica; los personajes son gente humilde, gente del pueblo, y hablan y sienten de un modo concreto, franco y firme; pero á la vez humanísimo, no sin destellos de aquella nobleza que supo imprimir el autor de *El Alcalde de Zalamea* á los hechos y dichos de los dos Crespos. Lo que responde Lázaro el seminarista cuando los paletos le felicitan por haber mancornado al toro y salvado la vida al sargento, es, ó mucho me engaño, *poesía real*, sincera y grande. Porque, nótese bien, *La Dolores* está escrita en verso; y apesar de esta osadía, hacer hablar en rondillas á los baturros, no hay (con rarísimas excepciones), nada que parezca impropio ni chocante en boca de gente tal.

Los actos son cortísimos. Ningún episodio inútil. Ni una frase que no concurra á poner de realce un carácter ó una situación. El elemento cómico, sobrio y de buena ley; el dramático, hondo, sin exageración ni espeluznante abuso de los nervios; la impresión definitiva, elevada, simpática, mixta, como conviene, de realidad y de ensueño... sí, de ensueño, ¡y el drama se desarrolla entre al-

deanos, mesoneras, fregatrices, barberillos, sargentos y oscuros estudiantes de teología,—originalidad encantadora, cuyo atrevimiento se justifica sobradamente, y que no hará escuela, porque ahí es grano de anís hacer hablar y sentir al pueblo de ese modo!

No trato al Sr. Feliú y Codina. Le conozco de vista solamente. Es catalán, y en Cataluña todavía hay quien imagina que aquí les negamos á los catalanes el agua y el fuego. De mí sé decir que cuando me proporcionan un goce tan puro como el que debo al autor de *La Dolores*, quisiera devolver en pago rosas y laurel, y juncia y espadaña. Aunque la prensa estuvo unánime en alabar *La Dolores*, todavía sospecho que el no ser muy renombrado el autor impidió que sonase el elogio tan alto como debía.

No importa. El que produce drama como este, con sorpresa y júbilo debemos proclamarlo, se ha colocado entre los maestros. Por la senda emprendida en *La Dolores* se llega—más tarde ó más temprano, pero *de fijo*,—á la popularidad y á la gloria.



EL PODER DE LA IMPOTENCIA

(ESTRENO DE ECHEGARAY)

Si los autores dramáticos á cuyos estrenos asisto conociesen mis hábitos y mis pequeñas manías (las cuales verdaderamente no deben importarles gran cosa), sabrían á punto cierto la impresión que me había causado su drama, sólo con averiguar si yo había tomado ponche la noche del estreno, á la salida del teatro.

Siempre que un drama ó comedia se desgracia, y el público abandona el teatro protestando, gruñendo, lamentando el desacierto de haber concurrido, se produce en mí un fenómeno que me prueba una vez más la estrecha relación de lo moral con lo físico, y el influjo del espíritu sobre el cuerpo. Y es que me entra una languidez, un abatimiento, una tristeza, un frío interior tan indefinible,

que parece literalmente cuajárseme la sangre en las venas. Contrasta de tal manera este estado con el más habitual en mí, que toma caracteres de verdadera enfermedad, y necesito inmediatamente reaccionar, lo cual logro con algunas gotas de ron en un ponche de huevo, pues como buena bebedora de agua de limón y agua de Mondariz, que no prueba bebida que contenga elementos alcohólicos, el ron, en pequeña dosis, me sirve de medicina. Así, pues, drama estrellado, ponche seguro.

¡Qué ponche el de la salida de *El hijo de don Juan!* ¡Qué ponche el de la noche de *Gerona!* El de *El poder de la impotencia* no estaba tan cargado de ron... pero, sin embargo, tenía sus gotitas, y las necesitaba.

Dábame el corazón (sin duda por lo conceptuoso del título, que delataba lo conceptuoso de la idea), que *El poder de la impotencia*, drama del fecundísimo y egregio Echegaray, no sería de los que entre el repertorio de su autor descuellan y hacen época, como *Mariana*. Y el mismo acierto extraordinario de *Mariana* contribuía á aumen-

tar mis temores. Difícil parece triunfar dos veces en una temporada, hollando terreno tan resbaladizo y peligroso como el de la escena.

No me engañaron mis presentimientos. *El poder de la impotencia* no es lo que se dice un dramón; pero sí un drama rebuscado, falso, tirante, lúgubre, tétrico, sin ambiente ni luz; la antipática y repulsiva condición de casi todos los personajes, cansa y disgusta desde el primer momento; nos asfixia moralmente.—En casa de dos usureros, macho y hembra, viven, ó mejor dicho, vejetan dos seres humanos, sobrinos de los usureros; un joven y una joven, primos y novios. Los usureros les explotan, les hacen servir de criados, y además pretenden vender á la muchacha á un viejo rico, libertino y gazmoño, empeñado en casarse con ella. Los usureros, el vejete, y cierto mal pintor, y cierto crítico que le inciensa, son (ya se adivina) la impotencia, que basta á ahogar el poder del amor y del arte, representado por los jóvenes. El enamorado—que es todo un artista del pincel—ni puede

llevar sus obras á las Exposiciones, ni ser conocido del público, ni casarse con la que ama, porque se le atraviesan en el camino aquellas envidiosas estantiguas, hasta lograr inutilizarle, y por milagro no consiguen que su novia se case con el vejestorio. Lucha tan fiera, y al par tan poco verosímil, causa una impresión de *repugnancia incrédula*, que mata el efecto hasta de las escenas mejor combinadas y de más fuerza dramática.

He oído decir que *El poder de la impotencia* era *El Gran Galeoto*, pero echado á perder. Existe, ciertamente, parentesco entre la idea generadora de *El Gran Galeoto* y la del último drama de Echegaray, y en ambas ideas análogas hay un fondo de verdad y una sutil y amarga observación digna de un La Bruyère, ó de un Chamfort poco menos pesimista que el autor de los *Pensamientos y máximas*. Es indudable; personas moralmente despreciables pueden desacreditar y difamar al hombre honrado; necios que no saben escribir una carta pueden rebajar y deprimir un gran libro; el que sólo es capaz de lo malo puede embarazar la expan-

sión de lo bueno. ¿Cómo? Es bien sencillo: aprovechando todas las vetas de la malicia pública; filtrándose por todos los resquicios de la ley; agarrándose como la rémora ó picando como la víbora; con la inercia ó con el veneno. Esto ocurre en *El Gran Galeoto*: algunas reticencias, media docena de insinuaciones infames, y ya está rota la paz de una familia, deshecho el lazo de dos almas y engendrado el mal por los mismos que lo denunciaron antes de que existiese. No cabe duda; la idea de *El Gran Galeoto* debe contarse entre las más felices que puede desarrollar un autor, en novela ó drama. *El Gran Galeoto* no sólo constituyó un legítimo triunfo para Echegaray, sino que echó raíces en el idioma; hoy las palabras *galeotismo*, *galeoto*, pertenecen al lenguaje corriente y usual, admítalas ó no la Academia en su incompleto inventario.

¿Por qué en *El poder de la impotencia* la misma idea inspira un drama artificioso, ingrato y fúnebre?

Acaso sucede con las ideas lo que con el café: la primer agua que se filtra al través,

arrastra el mejor aroma y la más exquisita substancia. El café del día siguiente no es sino agua teñida.

Acaso otro error más grave aún que el de reincidir es el de reincidir recargando las sombras de la pintura. Los malos, en *El Gran Galeoto*, no son malos propiamente; son gente ñoña, insípida, aturdida, formulista, rígida, suspicaz ó imprudente; todo lo que se quiera; pero de malvados no puede calificárseles. Son el término medio de la sociedad; hacen daño como la mosca, que revolotea insistente, y pica, sin saber que transmite los gérmenes del mortal virus. Los malos, en *El poder de la impotencia*, son muy semejantes al clásico tipo teatral, de barba hirsuta y torvas pupilas, conocido por *el traidor*; ni por casualidad son capaces de sentimiento; parecen fieras, y fieras ridículas. No interesan, ni siquiera irritan; son antipáticos, y no son humanos; y si bien no parece demostrado que existiesen jamás, se desea perderles de vista cuanto antes.

Hay además en *El poder de la impotencia* recursos violentos, como el del duelo en que

justamente le inutilizan al artista el brazo con que pintaba, matando así su inspiración y su gloria, y el de la madre que se muere tan á tiempo, que libra á su hija del compromiso de casarse con el odioso vejete. No negaré que hay también escenas muy bien pensadas y lindas, como la primera entre los dos enamorados primos; mas no bastan á salvar el conjunto.

Insisto en lo dicho tantas veces; el autor dramático algo fecundo, lleva el cargo y la data de los éxitos y las caídas en proporción de uno á cinco ó seis, y ¡gracias! Echegaray vale muchísimo; es natural que tan insigne autor valga más que parte de sus dramas y comedias; bástanos con que se revele entero y genial en algunos.



SEÑOR MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS,

DIRECTOR DE "LA ÉPOCA,"

MADRID 24 de Marzo de 1893.

Mi excelente y distinguido amigo: He visto con sorpresa que el Sr. Luna Novicio me dirige (en su periódico de V. y con motivo de un artículo mío publicado primero en *La Opinión de Asturias*, reproducido en el NUEVO TEATRO CRÍTICO y después en *La Epoca*) una carta. Y digo que lo he visto con sorpresa, porque fueron tan innumerables los artículos que la prensa española y extranjera publicó con motivo del ruidoso proceso Luna, que no sé á qué debe el mío el privilegio de que lo rectifique el mismo interesado.

Sólo en una particularidad se distingue de los demás mi artículo. En que, por conside-